

NVM

137

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS

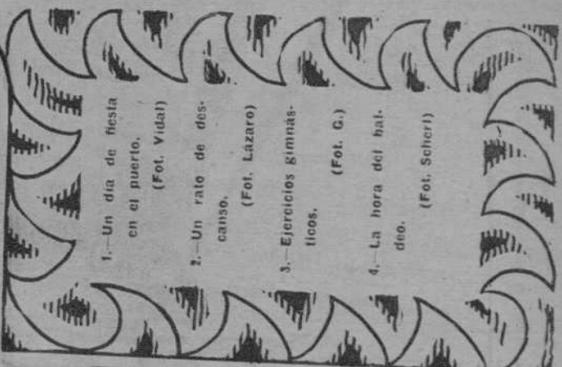
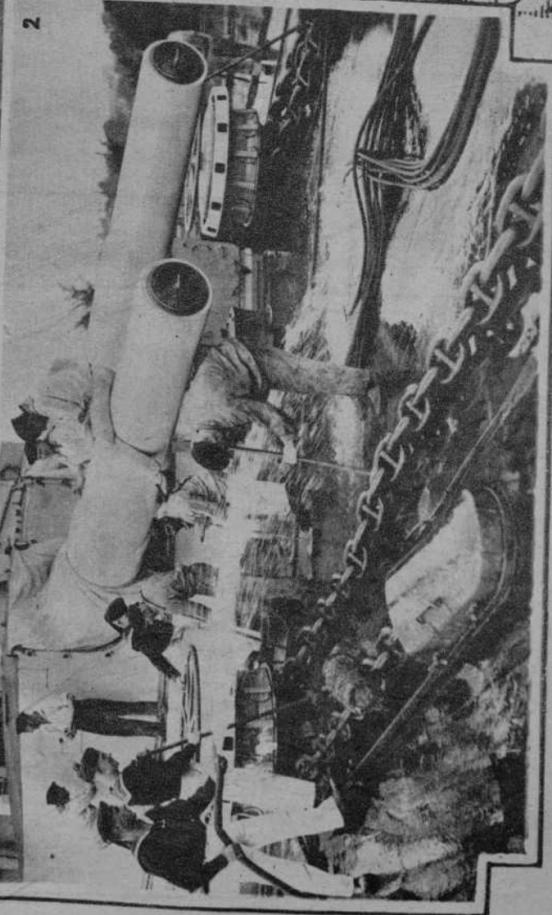
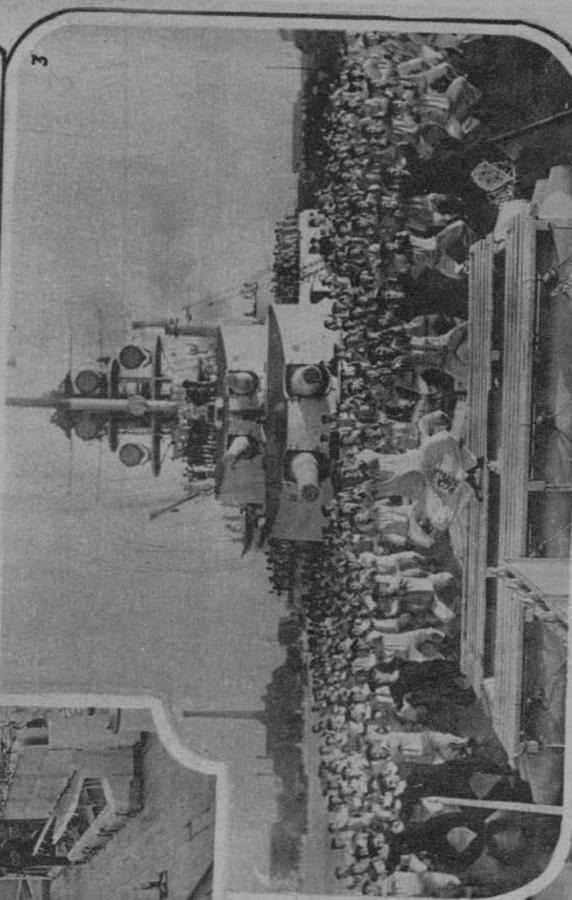
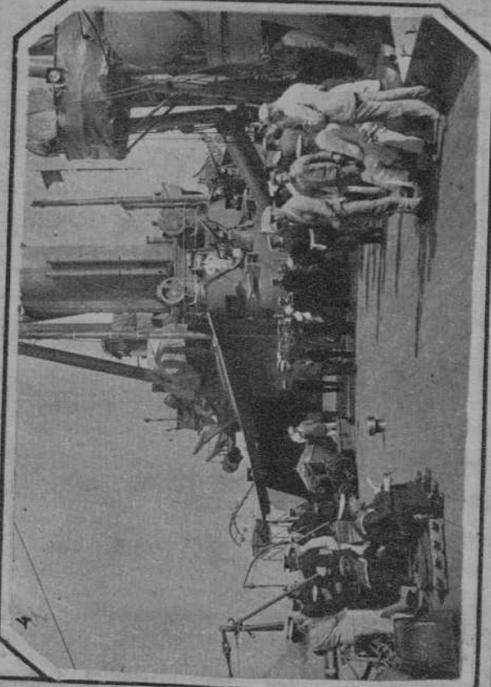
El Día Gráfico

Noche

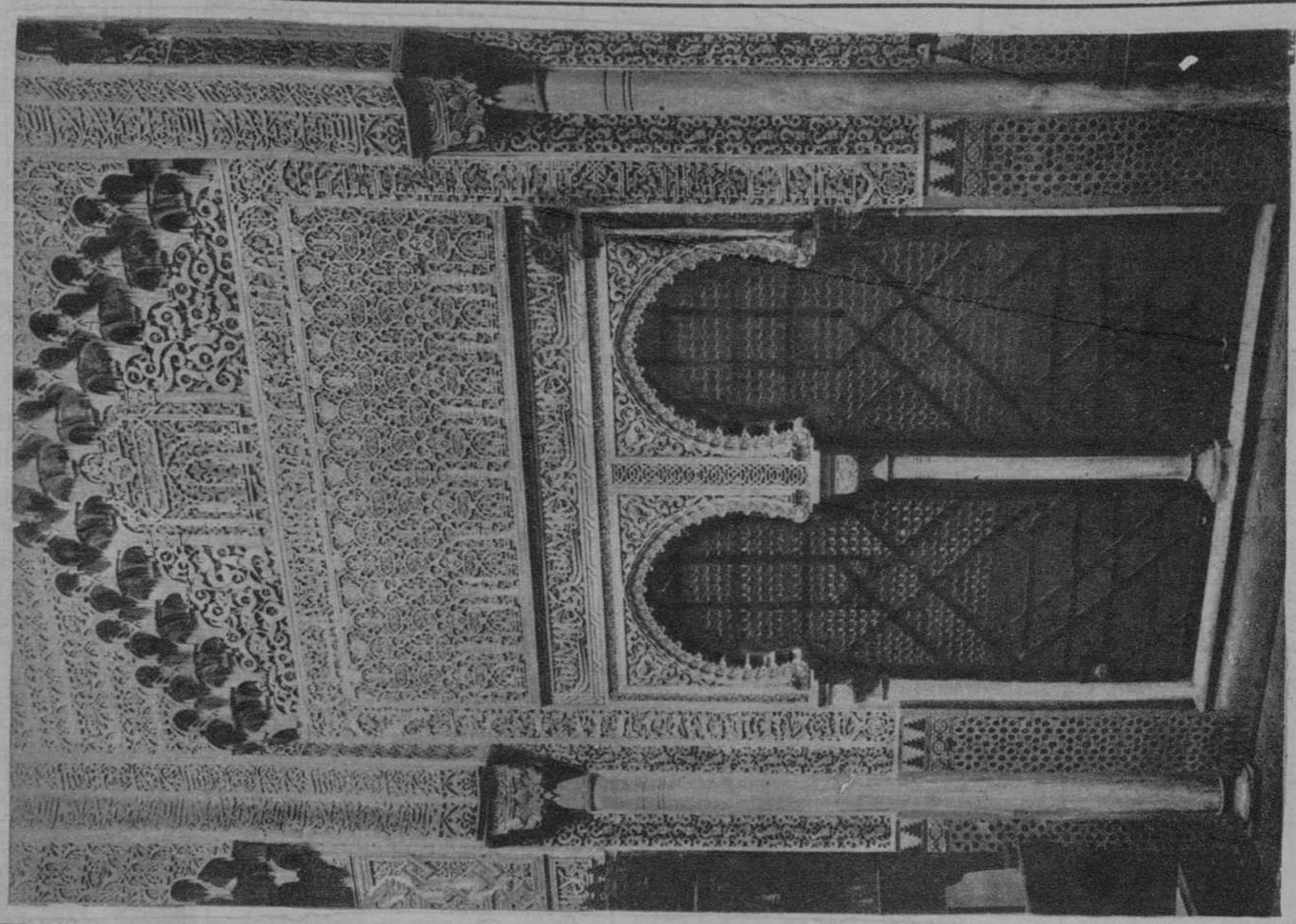
23

1928

LA VIDA A BORDO DE UN ACORAZADO



- 1.—Un día de fiesta en el puerto. (Fot. Vidal)
- 2.—Un rato de descanso. (Fot. Lazaro)
- 3.—Ejercicios gimnásticos. (Fot. G.)
- 4.—La hora del balido. (Fot. Scheri)



Interior de la Mezquita en la Casa del Cabildo Viejo (Granada)

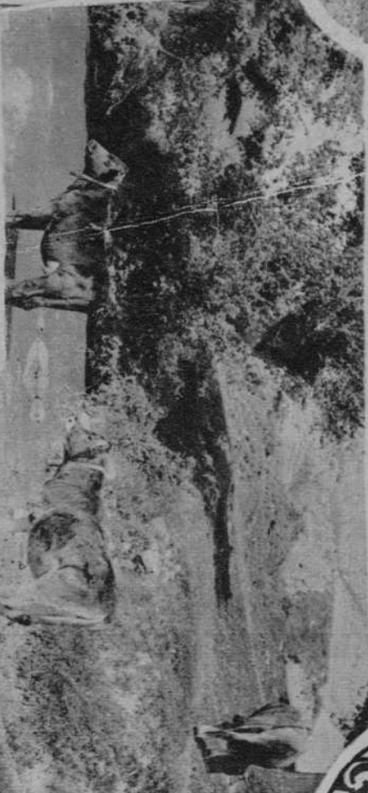
La vida rural en Cataluña



Las tardes del domingo



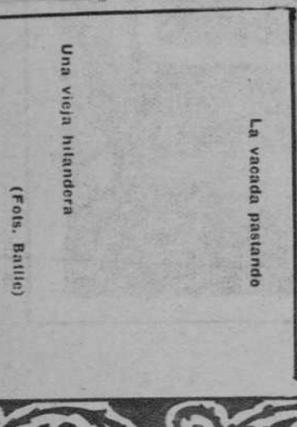
Escenas de Rupit



La vacada pastando

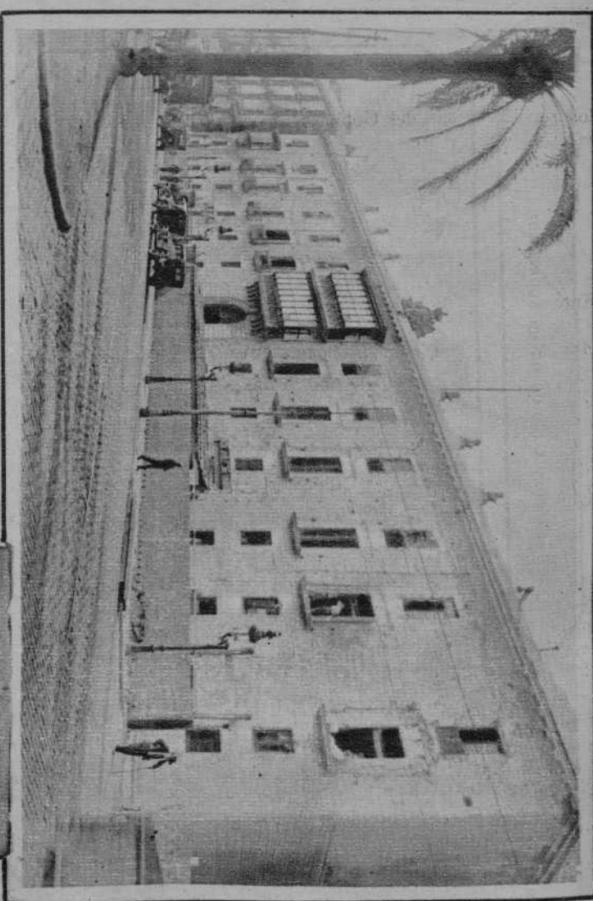


Una calle del pueblo



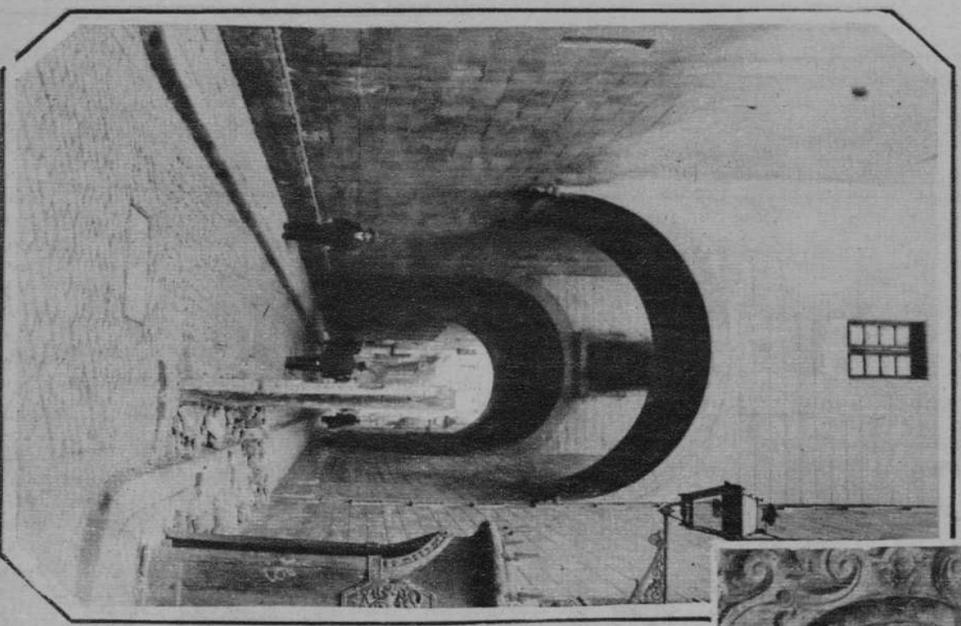
Una vieja hilandera

(Fots. Battie)



Estado actual de las obras que se realizan para la reforma de Capitanía General.—(Fot. Mateo)

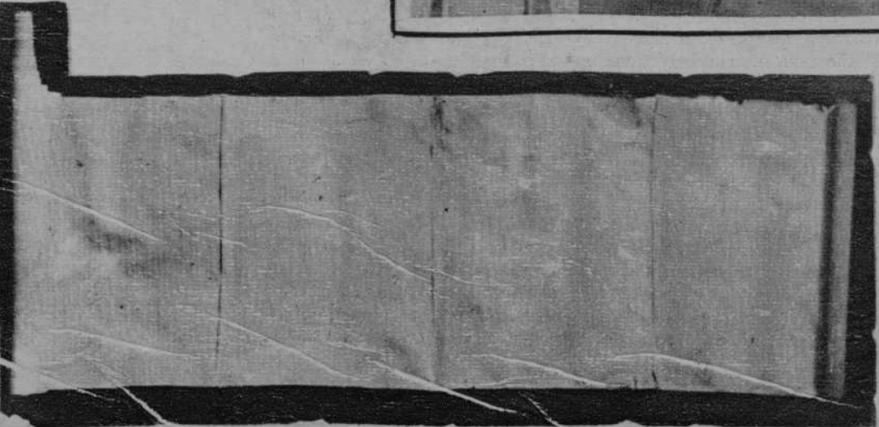
LA REFORMA DE LA CAPITANÍA GENERAL DE CATALUÑA



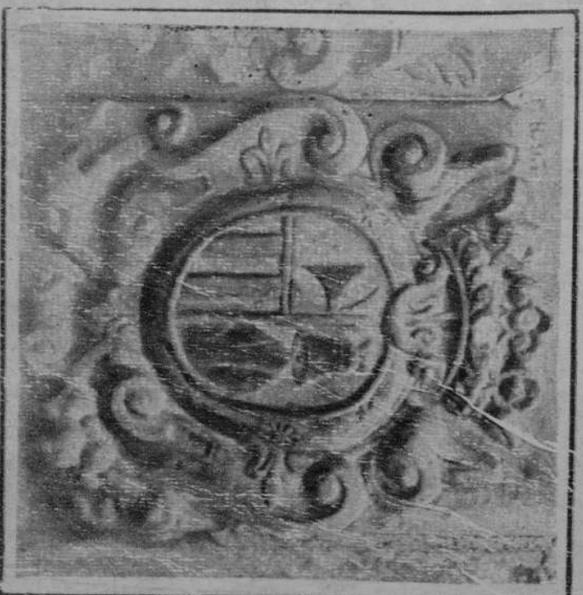
Puentes de comunicación de la Capitanía a la Basílica de la Merced, que serán modificados



Armas del reverendísimo P. Fray Dalmaçio Serra, relieve en piedra presdente del Convento de la Merced



Notable pergamino, encontrado hace algunos años en el hueco de una pared de Capitanía, existente en el Archivo del Real Patrimonio. Es el documento llamado de un modo especial la atención del Rey, en su visita a dicho Archivo



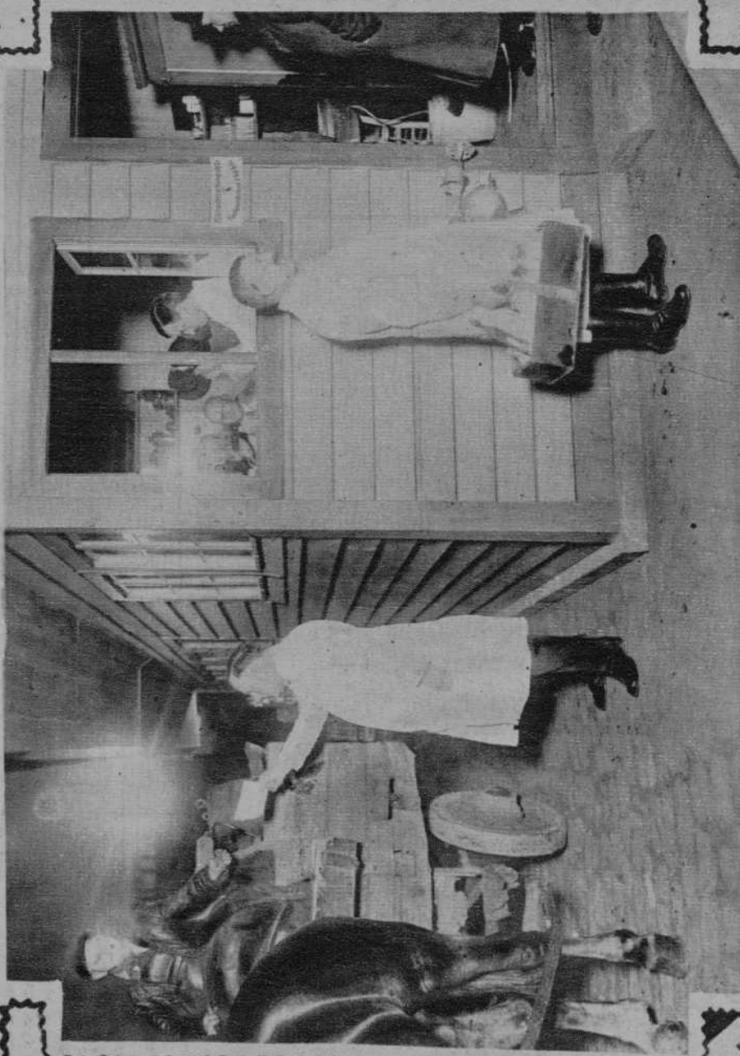
Armas del reverendísimo P. Fray José Sanchez, relieve en piedra procedente del Convento de la Merced

LA LUCHA PRO SALUD PUBLICA

EN LAS GRANDES CIUDADES ALEMANAS, LA LECHE QUE LÉGA NO ES LIBRADA
AL CONSUMO PUBLICO SIN UN PREVIO EXAMEN DE SU CALIDAD

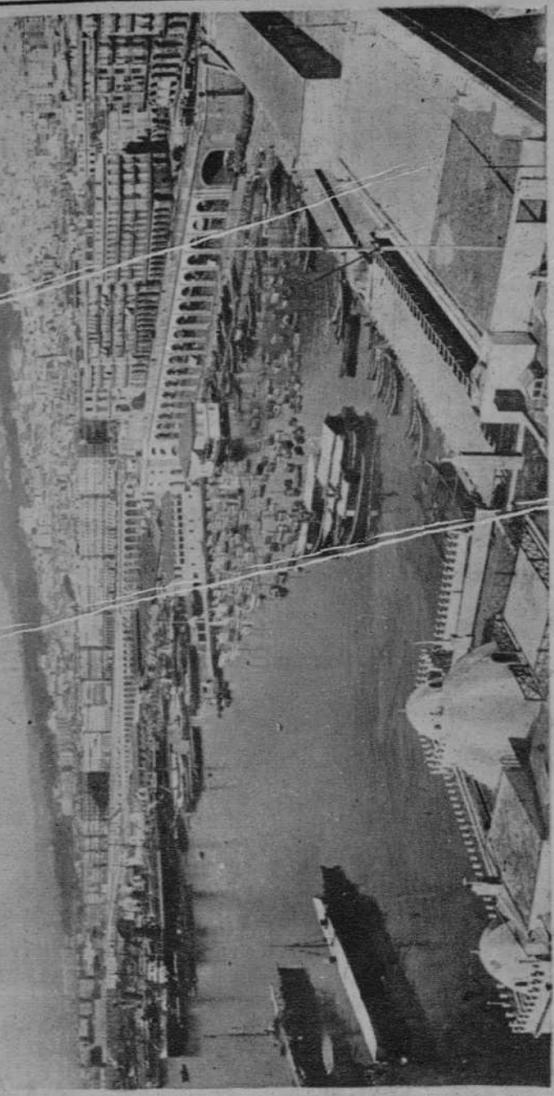


La toma de muestras, en las estaciones

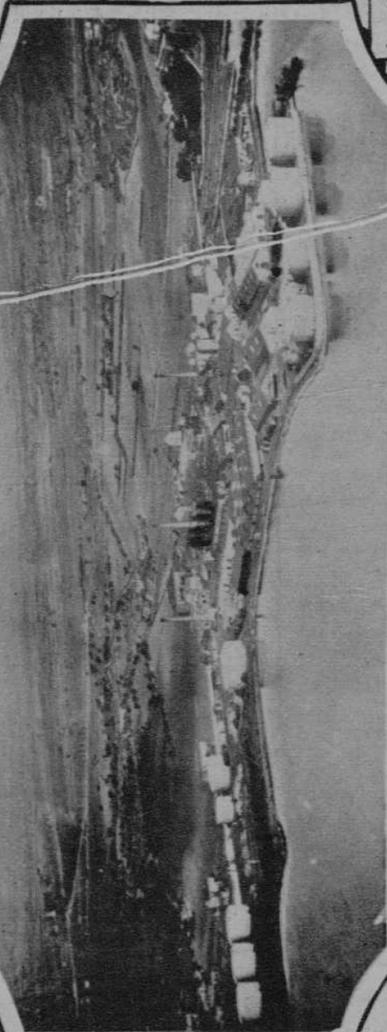


El permiso de introducción.—(Fols. Scherl)

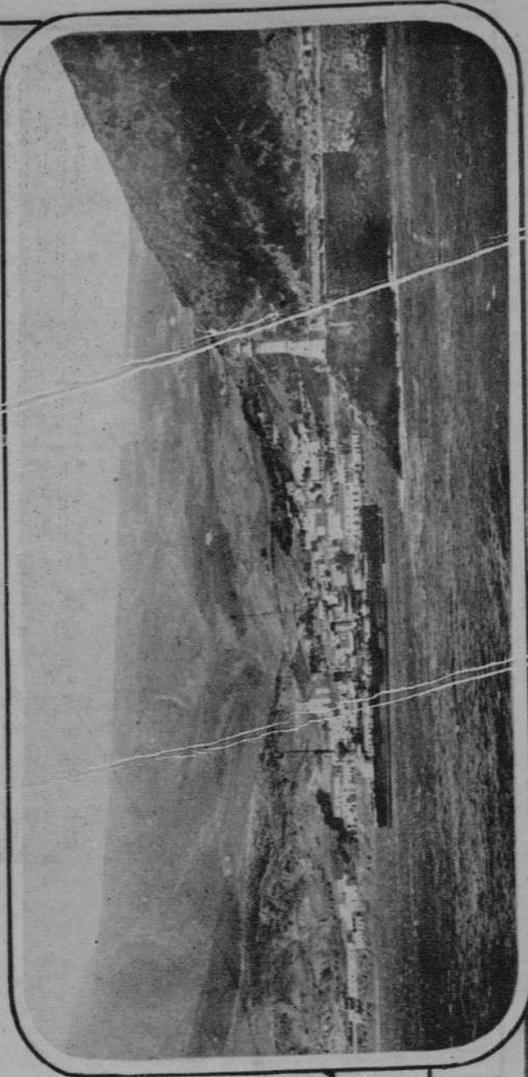
LA BLANCA ALGER
Y SU PUERTO



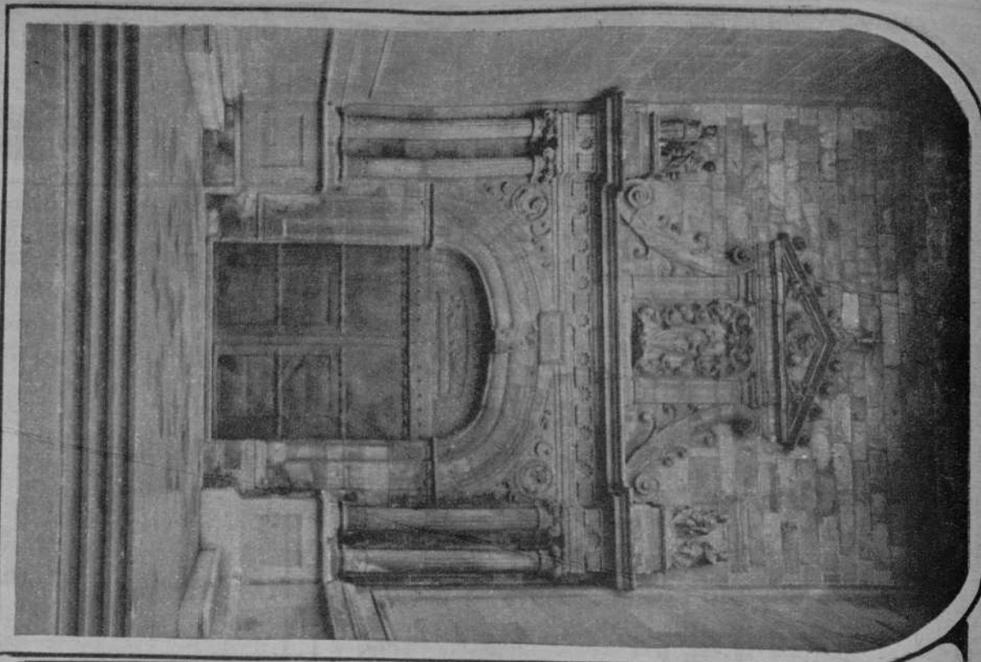
Vista general del puerto



Las refineras de petróleo



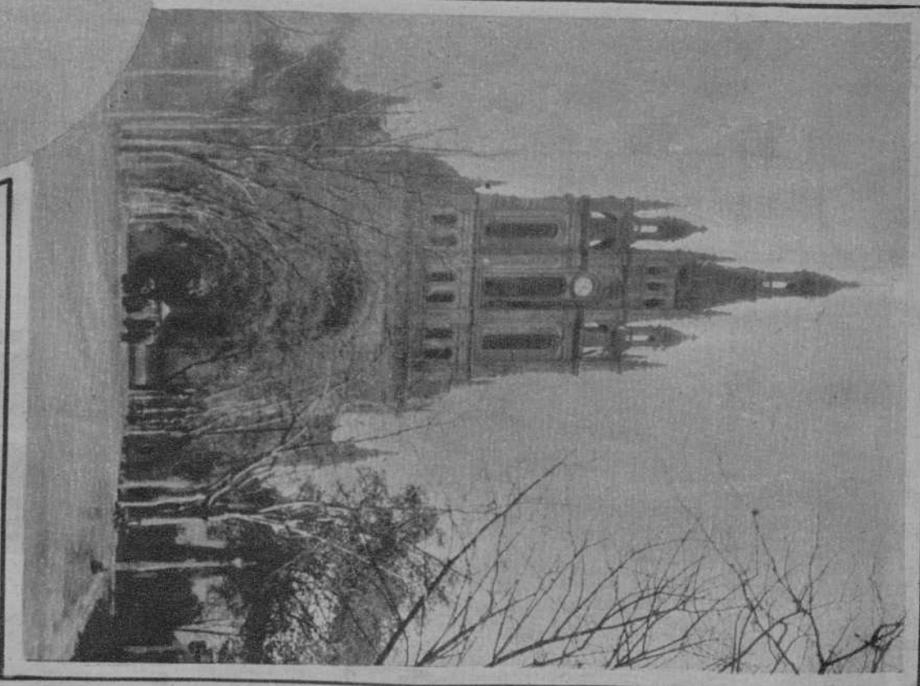
La entrada
del puerto
(Fols. Consorcio)



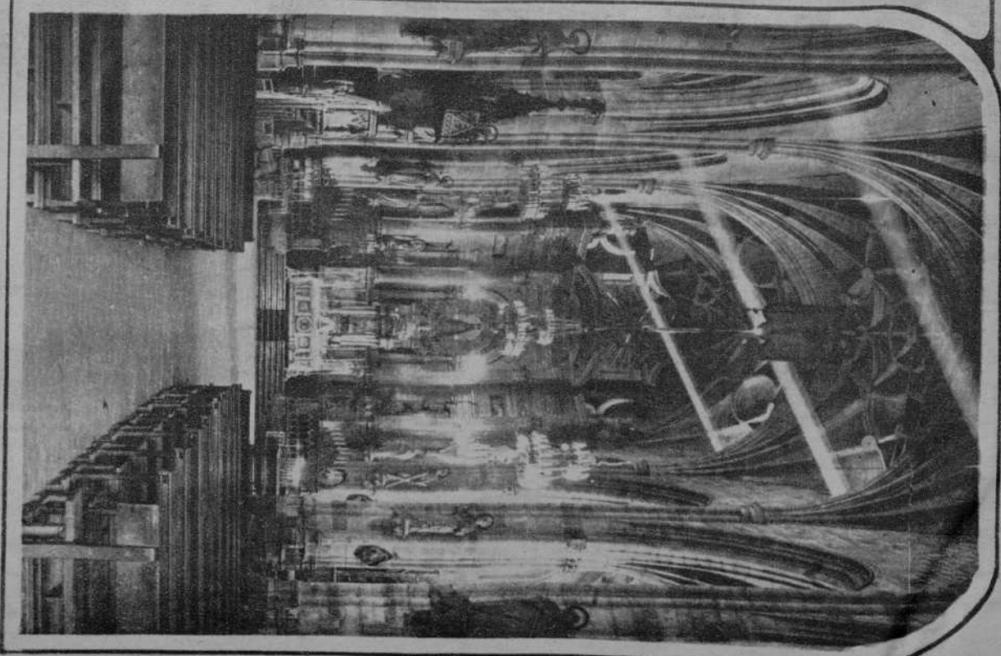
Una de las puertas del templo



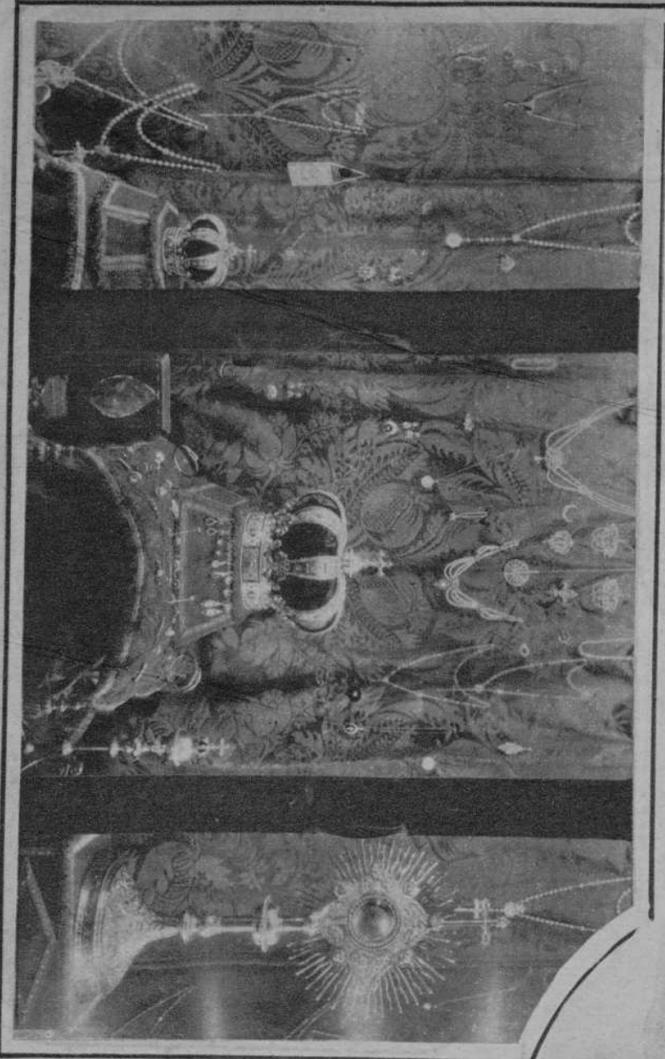
La reliquia de San Juan, que se venera en el templo



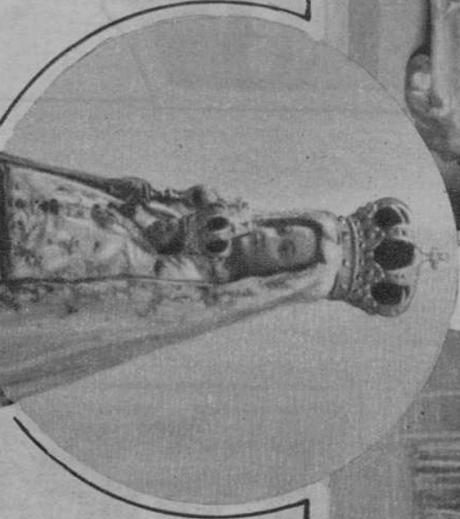
Vista general del templo



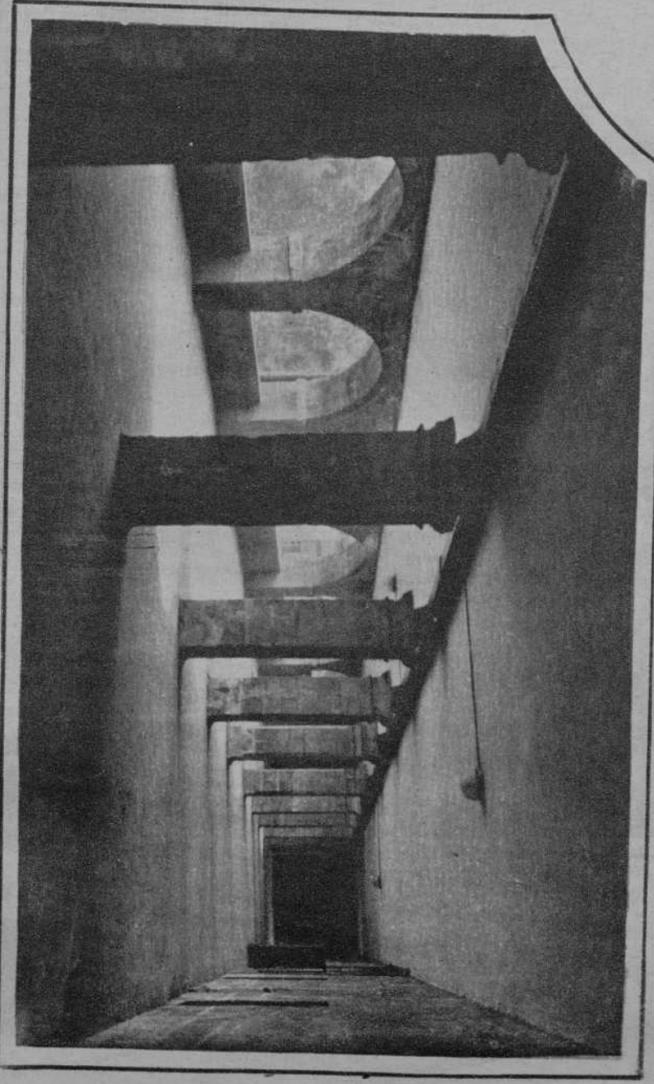
Interior de la Basílica



Las joyas de la Virgen



La Virgen, de cuya coronación se ha celebrado el 25.º aniversario



El Portico de Begona.—(Fots. Amado)

el cuento del domingo DE LIMPIABOTAS A MILLONARIO

por
DOMINGO
DE
FUENMAYOR

(Ilustraciones de BOSCH)



manos bastantes sucias del banquero mos-
traron la carta adversa, podía hacer tin-
tinear aún en su faltriquera la suma de
veintiocho reales.

Eran, a la sazón, las seis de la tarde. El
año había cumplido once meses y no hay
que añadir que ya por las calles estaba
encendido el alumbrado y la Unión Gene-
ral de Vagos Bien comenzaba a consumir
en las terrazas de los cafés, protegidas por
toda suerte de biombo y paravanes,
grandes cantidades de aperitivos.

El momento preciso, caramba; no había
que retrasarse ni un instante más. Con-
vertida la risa en francas, en abiertas car-
cajadas imposibles de disimular, nuestro
hombre salió de la timba poco menos que
saltando de felicidad. Iba nada más que
a hacerse rico.

Ustedes conocerán también la Historia
del señor Carlos Urquialez. Apostaría a
que sí, pues se trata de una existencia

Cuando, a los pocos minutos de haber
arrojado sobre el tapete una moneda, ad-
virtiéndolo: «de salto, a la sotas», salió el
caballo, Heliodoro Berdayo se echó a reír
de buena gana. Era el propietario de las
dos pesetas pisoteadas por el jaco naipes-
co, y constituían ellas nada menos que el
resto de sus ahorros, acumulados heroica-
mente en aquel empleo de la tienda pue-
blerina, del que había sido desposeído poco
menos que a puntapiés.

Había para troncharse de risa. Porque
a nadie más que a sí mismo culpaba
Heliodoro de estar desempleado, ni sobre
otros hombres que no fuesen los suyos, po-
día honradamente echar el peso de haber-
se quedado sin un cuarto.

Rió, volvió a reír, felicísimo. Paso a pa-
so, la fortuna iba desarrollando ante sus
ojos, ante su vida, los números del progra-
ma que se había trazado: primero, perder
la colocación; quedarse luego sin dinero...
Es decir, sin dinero, totalmente sin di-
nero, no; Heliodoro Berdayo, cuando las

ejemplar, que nadie, no sea más que por
patriotismo, debe desconocer en el país. La
historia del señor Carlos Urquialez, puede
mostrarse a los extranjeros con igual no-
bia orgullo que una muralla ciclópea o el
relato de una buena batalla.

No obstante, voy a ver si les refresco a
ustedes la memoria, contribuyendo de pa-
so a la expansión de las glorias nacionales,
si tengo la fortuna de que algún turista
no indígena me lea. Allá va:

Carlos Urquialez, llegó a Buenos Aires
escondido en las bodegas de un trasatlánti-
co, alimentándose de gutapercha, cuyo ex-
traño alimento era transportado por el
buque en gran cantidad. Desembarcado que
hubo, esperó a que se hiciera de noche,
conseguido lo cual, tomó un pincho y de-
dicóse a burlar en los montones de basu-
ra abandonados en los lugares estratégicos
de la ciudad, para que los encargados de
la limpieza llenaran con ellos sus carros.
De esto hace ya cuarenta años; ahora las
cosas de la higiene han mejorado en la

zar, los representantes del Gobierno provisional le indicaron que podía ceder la corona al zarevitch.

—¿Nosotros podemos acompañarle?—preguntó.

—No. Será nombrado regente, durante la minoría de edad, el gran duque Miguel—le respondieron.

—Entonces abdicó en favor del gran duque Miguel.

Por el hijo, todo. Al que curase al hijo, con remedios humanos o con mediaciones divinas, todo.

Entonces apareció Rasputín.

Ana Virubova.—Sobre la tierra, Ana Virubova no tenía más ideal, ni se dió más misión que servir a Dios y a la emperatriz. Hija de Tanaieff, jefe del gabinete privado del emperador, entró como señorita de honor en la corte en 1903, y más tarde, en 1905, fué elevada a dama de honor. Era una mujer alta, recia, hermosa y tonta. Tenía un alma de criada. Servir ciegamente a la emperatriz, primero, a la emperatriz y a Rasputín después, constituyó toda la orientación de su vida.

“Servir a los zares—escribió luego Ana Virubova en su Diario Secreto—es no tener deseos propios, ni sentimientos, ni alegrías. Todo les pertenece. Todo es para ellos”. Así, sirvió la Virubova a la emperatriz, y como que nada pedía para ella, como que no sentía ambición, fué la confidente de la zarina y ella, con Rasputín, gobernó a Rusia. Los murmuradores dijeron que el zar se había enamorado de ella. No era cierto. “Tú eres una mujer fría y para los hombres eres como un muro”—le dijo un día el zar—. No tenía, cierto, sensualidad, la Virubova. Para ella, no existió otra pasión, que su amor a la emperatriz, a Dios y a su representante en la tierra, Rasputín.

Ana Virubova casó con un oficial de marina, Nicolás Virubov, del que se divorció al cabo de dos años de matrimonio. Su amor fué el general Orloff, sentimental y... La emperatriz y la Virubova extranguló su amor para que la zarina no sufriese ante la fatal coincidencia amorosa de las dos amigas. La pasión de la zarina no fué pecadora. “Me gusta conversar con Orloff y cantar ante él, siento que él hubiera sido mi pasión pero jamás seré su amiga.” La corte comentó el “flirt” de la emperatriz y las murmuraciones hicieron que el zar enviase a Egipto al bello general, donde murió a los pocos meses. Ni Nicolás II, ni Alejandra Feodorovna, en veinte años de matrimonio tuvieron otro momento de duda en su amor. Vivieron siempre el uno para el otro, presidiendo su hogar la más sutil honestidad.

La Virubova, igual. Falsos todos los rumores que corrieron sobre ella. Falsas sus obscenidades con Rasputín. Lo servía como una esclava, le besaba las manos sucias y las botas polvorientas, sufría sus imprecaciones y sus injurias, toleraba que llevase a su casa, unas veces sus sirvientas, otras mujeres de la calle, incluso ramera, para poner a prueba su humildad, grata a Dios, y su obediencia, pero la Virubova no tuvo lazos carnales con Rasputín. No los tuvo con nadie. Esta mujer mística, histérica e intrigante, blanco de todas las maledicencias cortesanas, y de todas las más viles insinuaciones populares, permaneció pura. Su matrimonio fué anulado porque su marido, un desequilibrado, enfermo de los nervios, no era dueño de sí en todos los momentos. Cuando

todoxia, abrazó fanáticamente su nueva religión hasta caer en creencias supersticiosas, poniendo idéntica fe en Dios que en un amuleto, o en las divagaciones proféticas de un visionario o de un curandero con pretensiones de místico. La emperatriz Alejandra era un carácter. La fatalidad de su camino a Rasputín, que intoxicó la vida pública de Rusia, descendió sobre ella, pero entre la vida de su hijo, el zarevitch, y el privilegio del imperio, prefirió el hijo. A ser el zarevitch un muchacho sano, no hubieran apelado los zares al curanderismo sobrenatural de Rasputín y tal vez la revolución no estallara en 1917. Un año más y llegaba la victoria. Los zares en vez de haber hallado una muerte siniestra en Ekaterimburgo, pasearían su fuerza victoriosa por Constantinopla, cedida a Rusia por los aliados. Pero Rasputín, apareció un día en palacio con su blusa de mujic y sus barbas apostólicas diciendo: Yo salvaré al zarevitch. Yo salvaré el imperio...

El misticismo de los zares.—Un día, en 1909, leían y dialogaban en el cuarto del zarevitch, la emperatriz, Ana Virubova y Aguinuchka, la antigua nodriza, primera camarera, después, de la emperatriz, cuando ésta comenzó a murmurar frases incoherentes.

—Acabo de ver una cosa horrible para ti y para Papá... (*) ¿No oís la tempestad?... El Neva se desbordará y sus olas serán rojas... ¡Ay de nosotros! ¡Ay del trono!... En el propio palacio se verterá sangre.

La emperatriz, consternada, cogió del brazo a Aguinuchka:

—¿Qué más? ¿Qué has visto más?

—Un pariente tuyo de pelo blanco y un extranjero. Témelos... Guárdate de ellos.

La emperatriz, murmuró:

—El del pelo blanco es el gran duque Nicolás y el otro, el extranjero Withe, el ministro.

Esta escena muestra todo el espíritu duro, sólo maleable por los agoreros y las pitonisas, de la emperatriz. Creía en las visiones de su camarera, dando a las alucinaciones de ésta una interpretación real e inmediata. Ella tenía la decisión y la voluntad del gran duque Nicolás, como tenía la ambición de los otros grandes duques, que, según ella, habían llegado a pensar en un reparto de Rusia. La pequeña Rusia sería para el gran duque Miguel, el Cáucaso para el gran duque Nicolás, la Siberia para un hijo del gran duque Constantino y la Rusia Central para el zar. Rusia sería como una Alemania, con diversos Estados y varias dinastías.

Así la familia imperial cayó en una soledad inconcebible. A Traskaie-Selo no iban más que a despachar los ministros, los cortesanos con cargo en palacio y Ana Virubova. Al pueblo que creía que la soledad de la emperatriz era orgullo y desprecio por su nueva patria, se sumó la animadversión de los duques y de los aristócratas. La propia emperatriz viuda, María Feodorovna, madre del zar, era considerada como enemiga, atribuyéndosele ideas liberales y un gran rencor contra los que vivían próximos a los zares, como Ana Virubova y Rasputín.

Las tragedias primeras de su reinado, el aislamiento y la tardanza de tener

(*) Los íntimos, denominaban Papá al zar y Mamá a la zarina.

ciudad del Plata, lo bastante a que ninguna persona incluida en su censo de población pueda sentir sorrojo ante la posibilidad de que el servicio de limpieza continúe en igual estado que cuando Carlos Urquiza llegó a Buenos Aires.

Durante la primera noche de su búsqueda, el muchacho vió bastante acompañada por la suerte: entre la mole amarillada de un montón de inmundicias en que predominaban las pieles de platano, halló una bonita cucharilla de plata. A la segunda noche, un nuevo hallazgo de igual índole venía a favorecerle. A la siguiente, la Fortuna se colocó decididamente a su lado y le hizo encontrar dos cucharillas, un servilletero y un bolso de señora, con melillo.

Después de eso, Carlos Urquiza había adquirido una casita en las afueras y se hizo dueño de un carro arrestrado por un brioso asno. Optó por llevarse a casa los monitores de basura, para en su domicilio clasificarlos, y así lo efectuó. Diferente que una buena hada hacia que en Buenos Aires se perdieran todas las cucharillas de tomar café y que él las encontrara. No pesaron ciertamente sesenta días más, sin que el mozo tomara uno a su servicio, igualmente provisto de un carro y de un horriquillo.

También fue afortunado el dependiente. Oierta noche, a las pocas de comenzar la prestación de sus servicios, regresó a la casa—ampliada ya notablemente—, portador del enorme montón de basura que todos los días producía el palacio de los marqueses de Utrabombó, verdadera pieza de envidia de la arquitectura colonial. Entre la basura, ornamentada con algunas coronas de langostinos y buena cuenta de cascarnes de huevo, venía el viejo marqués, arrojado allí por los criados a causa de una dolorosa equivocción.

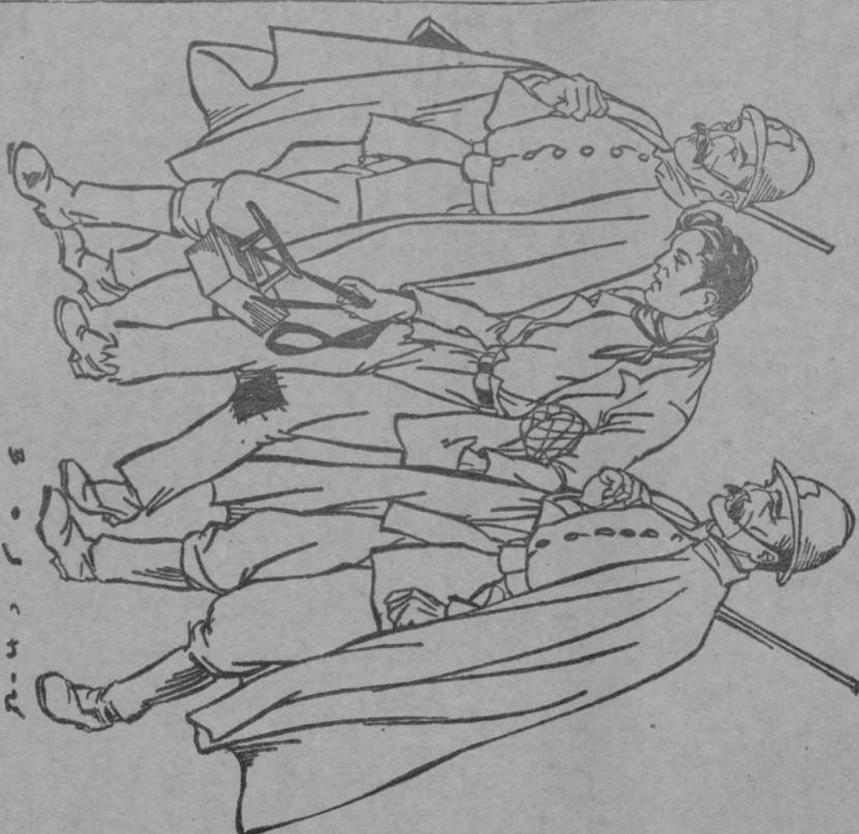
Alma horrada, Carlos Urquiza no devolví nunca las cucharillas que hallaba en su camino, pero comprendió cada incorrecto habría sido seguir igual procedimiento con los marqués. Cogió, pues, al prócer bajo el brazo, y lo llevó a su palacio, sin esperar que los periódicos, al siguiente día, ofrecieran alguna gratificación en la sección de «Pírridas».

La marquesa, señora tallada a la antigua, dió a Carlos una fuerte suma para que retirase a su conyuge al montón de despojos y guardase una reserva conveniente. Así lo hizo, y desde entonces sus negocios adquirieron un mayor auge y esplendor. Con las basuras propiamente dichas, fabricó briquetas de una extraordinaria combustibilidad, constituyendo, a base de esta patente, que oportunamente hizo librar a su favor, el potente estruendo de despendidos y similares, que a los pocos años le hicieron rehervidamente millonario.

Cuando el pasado murió en su aldea nativa el señor Carlos Urquiza—y esto al que todos lo saben—, no habría podido contar sus millones valiéndose de los dedos de todas las manos disponibles en el vaivén, ni aun en el caso de que el delegado gubernativo hubiese hecho exacta prestación de los ayos.

tenía en don Carlos, en el excelentísimo señor don Carlos, su más exacta personificación.

muchacho lo que, para asombro, parecía un cuento optimista y era, por fortuna, una realidad: un hombre, alimentado con guspiques durante una travesía inabundante y poseedor de un gancho de hierro como único bien material, podía regresar teniendo que firmar los cheques con es-



hasta adquirir un continente patriarcal, construyó a sus expensas un grupo escolar, un sanatorio para niños escrofulosos (que hubo que llevar a otros lugares, pues que daba la poca frecuente casualidad de que en la aldea no había niños escrofulosos), y dejó levantar un monumento en el que los vechos todos, de haber ocurrido también la contingencia de que entre ellos no existieran analíficos, podrían haber leído esta tierna dedicatoria: «A Carlos Urquiza, su pueblo agradecido».

tampilla para no dañar demasiado su mano derecha, a tener la humorada de pretender sacar su dinero de los Bancos de mil en mil pesos.

La historia ejemplar de Carlos Urquiza, que yo no me explico como los Altos Poderes del Estado no han hecho ya que se estudie con carácter de obligatoriedad en las escuelas primarias, pues no cabe dudar que tiene un valor educativo superior por todos conceptos al de la tabla de multiplicar, era conocida de pe a pa por Heliodoro Berdugo, de quien tenemos afirmado que ha de ser el héroe de nuestra historia.

Allí en el pueblo, mientras en las habitaciones interiores de las flor de canela—Confiterías finas, realizaba la deliciosa mezcla de miel de romero, pasas y avellanas que tantos años de gloria había deparado al acreditado establecimiento, repetíase el

Así, pues, no era preciso—oh, paternal ignorancia!—, sacrimar el hombre, para llegar a ser «un hombre de provecho», ni llenarse la cabeza de lugares comunes y tópicos honoríficos. Para mover el mundo, bastaba menos que el punto de apoyo que Arquímides, redomado gusón, solicitó en vano: un pincho era suficiente.

Y quien dice un pincho... Cuando Heliodoro Berdugo adoptó la brava determinación de seguir el ejemplo de Carlos Urquiza, en manera alguna pensó seguirlo tan paso a paso como significara el marcharse a la Argentina escondido en el vientre de un trasatlántico y, una vez allí, empezar a revolver montones de basura. Habría sido un plagio indecoroso.

Con igual punto de partida, quedaba margen para buena cuenta de originalidad. Respetando lo fundamental—la absoluta carencia de fortuna—, podían variarse, según la inventiva de cada cual, los detalles secundarios, que si eran alidos y condimento de la aventura, no constituían, por así decirlo, su elemento ni su corazón.

Igual que de basurero—¿por qué no?

A la noche, la emperatriz fué conducida a la fuente milagrosa de San Serafin. Sus damas le fueron quitando las joyas, la desnudaron, y rezando se bañó en el agua fecunda. La "iluminada" Daria Osipava la acompañaba gritando una letanía de frascos que, en su hora, era el... cundador. Los frailes del monasterio, junto a las reliquias de San Serafin, elevaban fervorosos una plegaria al santo: "Dadnos un zarevitch". "Haced un nuevo milagro que asombre y alegre a nuestra Rusia"... Ocurría esto el 30 de julio de 1903. El 12 de agosto de 1904, nació el zarevitch, al que le fué dado el nombre de Alexis.

La enfermedad del zarevitch.—Fué como un suspiro de resurrección que recorrió todo el palacio imperial, la corte y toda la tierra rusa, la gran noticia del nacimiento del heredero del trono. Pero el trono estaba en guerra, Rusia estaba en guerra, y el regocijo del advenimiento del zarevitch no pudo tener fiestas porque se hizo el anuncio entre dos derrotas. ¿Qué importaba, sin embargo, la guerra, si al fin, tras las profecías de los adivinadores y el agua santa de la fuente de San Serafin, la emperatriz había asegurado, contra los grandes duques en acecho, la continuidad masculina de la dinastía!

Pronto al contento siguió la aprensión y tras la aprensión llegó la angustia. La guerra con el Japón se perdió, haciéndose una paz vergonzosa. Con la paz comenzaron las revueltas, y en 1905 corrió por toda Rusia un viento de revolución que llegó a las mismas puertas del palacio imperial, ante las cuales el pueblo, conducido por el pope Capone, en connivencia con la ocrana, la policía política, fué fusilado.

Guerra perdida, revolución comenzada, muertos que, por vez segunda, se se amontonaban ante los zares, ¿qué más faltaba para espesar la tragedia de aquellos emperadores atormentados por el Destino? El zarevitch, tan anhelado, había venido con una enfermedad hereditaria. Al menor golpe sufría una hemorragia interna, con tumores subcutáneos que ponían en peligro su vida. La emperatriz, al constatar la enfermedad, sintió la desesperación de lo inevitable. De ella habían muerto varios varones de su familia. Consultó con médicos, con cirujanos, con curanderos. Inútil, inútil todo. Si el zarevitch llegaba a la adolescencia, tal vez su salvación fuese posible, porque, entonces, reflexivo, consciente de sus actos, podría vigilar sus gestos, evitando los golpes y todo cuanto pudiera dañar su propensión enfermiza.

Dios que les había dado heredero, Dios se lo quitaba, y fracasada la ciencia humana, estériles todas las intervenciones médicas, no quedaba más que la misericordia divina. No hubo rezo en palacio, ni iconos en las capillas imperiales que no estuviesen consagrados a la salud del futuro emperador. El padre Teofan, confesor de la emperatriz, recurrió, inútilmente a plegarias y exorcismos para alejar el mal. Un médico misterioso, llamado Badmaici, de procedencia obscura, y que curaba por medio de hierbas mágicas halladas en el Thibet, o en la estepa, ensayó la cura, o al menos la atenuación de los dolores, esto algunas veces con éxito, pero la enfermedad seguía, el peligro estaba siempre presente y con el peligro la muerte.

Los emperadores no vivían más que para su hijo. Entre el imperio y el hijo, preferían el hijo. Al iniciarse la revolución, llegado el momento de abdicar el

un heredero, fortalecieron el misticismo de los emperadores, conduciéndoles hasta la obsesión grotesca. Como ellos, la corte y el pueblo deseaban para la corona un heredero, y sucesivamente la emperatriz iba dando a luz a princesas. Primero Olga, después María, después Tatania, finalmente Anastasia. El heredero no venía y los centros políticos y cortesanos comenzaban a preocuparse del posible candidato a la corona, indicándose al hermano del zar, el gran duque Miguel.

Fuó entonces, antes del nacimiento de la princesa Anastasia, la escena, que ye hemos descrito de las cuatro religiosas ciegas llevadas por la gran duquesa Miliitza. La emperatriz, después, acogió a Mitia Koselski, un energúmeno idiota, al que se creía capaz de pronósticos que lanzaba con voces inarticuladas, traducidas por un sacristán, llamado Yegorov, que poseía la clave del lenguaje absurdo y escandaloso del iluminado.

—La emperatriz quedará nuevamente en cinta—auguró en una de las sesiones.

—¿Será hijo o hija?—le preguntaron ansiosamente.

—No sé... Falta todavía mucho tiempo para ser previsto.

Mitia Koselski defraudó, pero la princesa Miliitza, incansable, aportó un nuevo mago, esta vez francés, conocido por el doctor Philippe, a un tiempo sabio y vidente. Poseía cierto poder hipnótico, remedios milagrosos y clarividencia mística que lo hicieron famoso en los salones, captando la voluntad de los zares. Ratchkovsky, un agente del Gobierno ruso en París, envió un informe adverso al doctor Philippe. Ratchkovsky fué destituido. Las aventuras y las anomalías de la época de Rasputin tuvieron su antecedente en la época del doctor Philippe. La Iglesia protestó de su influencia, la aristocracia de su intervención en palacio, los partidos políticos de que en torno de un aventurero se formaran grupos y salones, pero la emperatriz, con los remedios de Philippe, recuperaba el sueño, sentía normalizado su corazón y disminuidas sus convulsiones. Un día, la mesa giratoria del salón de los "Nicolaevitch", aseguró a la emperatriz que tendría un hijo, y ante la mejoría y la profecía de la mesa giratoria dió en creer, primero que el feliz suceso sería cierto, inmediato después, y tan segura de ello estaba, que la noticia llegó a oídos del pueblo. Desgraciadamente, un médico comprobó un embarazo nervioso, y al desencanto, sucedieron las burlas.

Philippe marchó a Francia, de donde ya no volvió. Le sucedió otro mago, francés, Papis. A éste una aventurera de origen desconocido, llamada Agripine, que decía la buenaventura en voz muy baja, como un rezo, mientras su oyente sostenía una cinta de terciopelo negro atado al pecho de Agripine, con un escarabajo hecho de perlas negras. Duró poco, y como el ansia de un heredero persistía, el obispo Teofan, para cortar murmuraciones de la corte y las apariciones de aventureros embrujados, propuso que la emperatriz fuese a los baños de San Serafin, en Sarov. Antes, fué llevada a jalcio una "iluminada", Daria Osipova, que predijo la pronta llegada del zarevitch. Los zares se pusieron en camino hacia el monasterio de Sarov, y después de grandes fiestas, para celebrar la reciente canonización del santo, los zares fueron a visitar a otra "iluminada", llamada Prascovia, que habitaba un monasterio cercano a Sarov.

—Tendréis el hijo—dijo a los zares, bendiciéndoles.

aprovechables, y a veces proporcionan muy agradables sorpresas. Yo las experimenté casi siempre que me serví de esta fuente de información, y me los dieron también los papeles de recibo y gasto concernientes a las obras de que ahora tratamos. En la primera mitad del siglo XVII, tuvo la Merced un pintor notable llamado Fray Agustín Leonardo, nacido probablemente en el reino de Valencia; aunque algunos lo hacen natural de Madrid. De sus obras, lo más apreciado eran los retratos. En el convento del Puig de Valencia he visto algunos cuadros suyos; además se sabe que pintó en Madrid, Sevilla, Córdoba y Toledo, y hoy podemos decir con toda seguridad que pintó también en Barcelona. Aparece su nombre por primera vez en las cuentas a mediados de junio de 1537, fecha que coincide con la terminación de la sala «De profeta», la cual en cierto modo formaba parte del refectorio, y para esa fecha debía estar muy adelantada, si no acabada, la sala capitular, que quedó detrás del ala del claustro paralela al Paseo de Colón. En el claustro me compararon para uso del P. Leonardo un barreño, cacerolas, ollas y media mano de papel mayor; también pagan lo que costó aserrar el tronco de álamo, de donde sacaron listones para los marcos de algunos cuadros. Probablemente durante el verano trazo los bocetos, y comenzó a pintar en octubre, y a primeros de este mes compró once canas de tela que clavaron en cuatro marcos, al mismo tiempo que hacían los encierros para las ventanas del refectorio, de donde podemos colegir con bastante fundamento, que los cuadros cuadros eran para colocarlos en esta dependencia. A fines de noviembre del mismo año adquirieron retales para que hiciera colas, y nuevamente vuelven a comprar colas para clavar la tela de otros cuadros. No hallo noticias de los años 1538 y 1539 pero es indudable que el 31 de enero de 1540 estaba en Barcelona, por cuanto este día le compraron colores y aceite por valor de una libra y siete sueldos. Estas últimas partidas indican, al parecer, que además de haber pintado varios cuadros al óleo, trabajó también en el decorado, tal como el claustro, corredores o de los aposentos principales. Si como dicen marqués en 1540, las de Barcelona fueron de sus últimas producciones.

Fray Faustino D. GARULLA

Inventos y curiosidades

EL TELEGRAMA

Curioso capricho del destino: el telégrafo, que parece imprescindible y vital para diversas actividades modernas, fue rechazado por varios inventores en el último tercio del siglo XVIII y nadie vio entonces en ese experimento más que una simple curiosidad de laboratorio, un entretenimiento de sabio.

En 1760, un profesor de matemáticas que vivía modestamente en Ginebra, llamado Lesage, interesado como todos los hombres de ciencia de su época por los fenómenos eléctricos que entonces se empezaban a conocer, imaginó un telégrafo que contruyó y experimentó con buen resultado en 1774. Escribió a d'Alambert, quien le aconsejó que presentara el aparato al célebre Federico, rey de Prusia, protector de filósofos y estudiosos. Pero el rey, por el hizo caso y Lesage abandonó su trabajo.

En 1786 aparece un nuevo invento de esa índole, debido a un hombre del que no se tienen más datos que los que da en una de sus cartas el ilustre economista inglés Young, entonces en París.

Lhomond no logró mejor suerte que Lesage. El obrero dorador Juan Alexandre, desde su taller, en una ciudad francesa de provincias, escribe pidiendo ayuda al ministro Chaptal, quien le niega un subsidio. Se dirige entonces al prefecto de la ciudad de Vienne; el prefecto presencia los experimentos, felicita al inventor... y nada más. Samuel Morse (1791-1872), hijo de un pastor de los Estados Unidos, era un artista de bastante talento. Algunos de sus retratos de notabilidades norteamericanas figuraron en los Museos de Washington y de Nueva York. Era de índole un tanto nómade y curioso de novedades. Como toda la gente culta de su época, se interesaba por las maravillas de la electricidad. Conoció los experimentos de Franklin y pensando en las comprobaciones de ese sabio sobre la rapidez de la circulación del fluido eléctrico, Morse llegó a comprender la conveniencia de utilizar esa velocidad para las comunicaciones a larga distancia. Esta idea se le ocurrió a bordo durante una travesía del Havre a Nueva York, que efectuó en 1822 y no sólo la idea, sino también la realización práctica. Al desembarcar dijo al capitán, sin compungido de comentarios: «Cuando mi telégrafo sea la maravilla del mundo, recuerde usted que el descubridor...

BELLA FRASE

Malek, visir del califa Mofshudi, acababa de conseguir una victoria sobre los griegos, haciéndoles prisionero al emperador. Llamó a este a su tienda y le preguntó qué trato acordaba de su vencedor, a lo que respondió el emperador griego: «Si huicis la guerra como rey, libérrame. Si huicis la guerra como mercader, vendéme. Si huicis la guerra como verdugo, degolládmme.» El general musulmán le libérró.

miento fué hecho a bordo de su barco el 13 de octubre de 1832.

Pero Morse no tenía dinero y a causa de esta dificultad, sólo en 1836 consiguió construir el primer aparato serio, que funcionaba con el variador de los paraguas, o el bonito juego del ratón y el gato.

Para Heliodoro, la cuestión preveía—el examen de ingreso en la Facultad, como si dijéramos—, era hacerse despedir de «La Flor de canela», y marcar luego a la capital, pues que para «revalidarse» en el modesto oficio que aligiera, la expatriación no era necesaria.

Desde remotos tiempos corre por ahí una versión que atribuye indebidamente una depurada calidad racional y liberal a los confiteros. Afirma la calumniosa especie—a la que nuestra verídica historia desliza un menís incontestable—, que los dueños de tan dulces establecimientos, pertenecían a sus dependientes comer cuantos pasteles y demás halagos de la gula en ellos se fabrican, con objeto de que el hartazgo y el consiguiente hastío, guarden la vida mejor que el miedo y engorden al caballo del negocio más que el ojo del amo pudiera hacerlo.

Mentira insigne, con la que el joven Berdayo había entrado en tratos a poco de haber salido de su tierra, cierta tarde en que por descañalar una docena de yemas de coco recibió la más tremenda bofetada que ha dado mano humano sobre la mejilla de un semejante.

Así, pues, para ser despedido, no tuvo más que trasladar a su estómago algunas empanadas y tal cual pastelillo de su agrado. Y que lo fué, bien lo proclamaron sus poseedores durante largas horas.

Desempleado al fin, marchó a la ciudad desoyendo los ruegos de sus mayores, con buena cuenta de consejos para viático espiritual del viaje y con todos sus ahorros —treinta y tantos duros—, a modo de material de vida.

Resetas que, excepto reinticho reales, había perdido en el agradable juego del monte, cuando lo conocimos.

Salió Heliodoro del garito con sus siete pesetas y encaminóse, alegre como las pasenas que más lo sean, a cierta tienda de objetos de lance, en cuyas estanterías habían paternal cobijo desde el diccionario enciclopédico a la jaula para canarios, pasando por el magnífico impermeable y el filarmónico acordeón.

Y por veinticho reales, librados heroicamente a las garras del azar, adquirió una caja—de segunda mano—; o de segundo pie, mejor dicho—, en la cual no faltaba crema, futchina ni nada de lo que es preciso para ganarse la vida limpiándole el calzado al prójimo.

«Ganarse la vida? No era está, ciertamente, tan mezquina, la sola idea que el mozo perseguía, sino la de llegar, haciendo trampolín con la caja de limpiabotas, a las árcuas cumbres de las fortunas, a las cimas de los dorados montes, donde sí, como en el de San Bernardo, hubiera especiales que respaldó el emperador griego:

«Si huicis la guerra como rey, libérrame. Si huicis la guerra como mercader, vendéme. Si huicis la guerra como verdugo, degolládmme.»

El general musulmán le libérró.

quinas o encontrar cucharillas por la basura? Una poquiti de suerte, y el limpiaría sería el paso, en sí mismo, al gran financiero accionista principal de unos posibles «trusts» del betún y de las gamuzas...

Por todo ello, con la caja al hombro, Heliodoro Berdayo, que no había comido aquel día, pues no quiso distraer tiempo alguno a la imprescindible tarea preliminar de arruinarse, irrumpió animoso y jovial en las terrazas donde los desocupados honorables consumían aperitivos de todos los colores.

«¿Cuánto tiempo había transcurrido? Un año, quizás; tal vez nada más que diez meses. Y era rico...»

Rico... no: más que rico. Millonario. Multimillonario. Habíale brotado una copiosa barba blanca y desde su despacho podía controlar al minuto, con solo empujar unos timbres e inquirir de unos respetuosísimos empleados, lo que el mundo gastaba en llevar el calzado brillante

Millares de muchachos, diseminados por todo el planeta, trabajaban bajo la mirada vigilante de su formidable organización. A un mandato del prócer, la Humanidad tendría que resignarse a llevar sucios, durante el tiempo que a él la viniera en ganas, botas y zapatos.

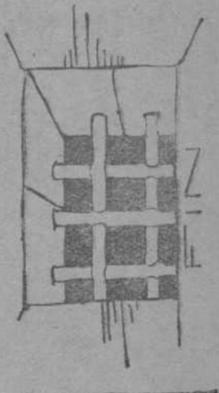
Ya no era Heliodoro Berdayo, sino el Excelentísimo señor don Heliodoro Berdayo, barón de Pañi-Crema. Y, viejo y todo, las mujeres de más alta cotización le sonreían...

La riqueza, la vida y el amor, eran suyas. Se restregó lo sojas al muchacho —¿Cómo? —Que si tienes patente... permiso; vamos, para limpiar. Que si has espouquado...»

«No, no; claro, no he pagado...» —Pues vente con nosotros... Además, no se puede uno quedar dormido en la calle—cominó el 354.

«¿No ves que te expones a que te roben la cartera?—burlóse el 458. Cuando, de pie ya, se vio entre los dos guardias, Heliodoro Berdayo revolvióse, magnífico: —Basta ya! ¡Hasta aquí podríamos llegar! ¡Cuádransel ¡Salud! ¡Soy el barón de Pañi-Crema!...»

Comenzó a nevar. Se lo llevaron casi en volandas. Lo que tenía era hambre, pero le dieron el amonfaco. Y una quincena.



podía uno llegar a millonario, a multimillonario, vendiendo «spirits» de menta, anillos de goma para llevar bien cerrado el varillaje de los paraguas, o el bonito juego del ratón y el gato.

Para Heliodoro, la cuestión preveía—el examen de ingreso en la Facultad, como si dijéramos—, era hacerse despedir de «La Flor de canela», y marcar luego a la capital, pues que para «revalidarse» en el modesto oficio que aligiera, la expatriación no era necesaria.

Desde remotos tiempos corre por ahí una versión que atribuye indebidamente una depurada calidad racional y liberal a los confiteros. Afirma la calumniosa especie—a la que nuestra verídica historia desliza un menís incontestable—, que los dueños de tan dulces establecimientos, pertenecían a sus dependientes comer cuantos pasteles y demás halagos de la gula en ellos se fabrican, con objeto de que el hartazgo y el consiguiente hastío, guarden la vida mejor que el miedo y engorden al caballo del negocio más que el ojo del amo pudiera hacerlo.

Mentira insigne, con la que el joven Berdayo había entrado en tratos a poco de haber salido de su tierra, cierta tarde en que por descañalar una docena de yemas de coco recibió la más tremenda bofetada que ha dado mano humano sobre la mejilla de un semejante.

Así, pues, para ser despedido, no tuvo más que trasladar a su estómago algunas empanadas y tal cual pastelillo de su agrado. Y que lo fué, bien lo proclamaron sus poseedores durante largas horas.

Desempleado al fin, marchó a la ciudad desoyendo los ruegos de sus mayores, con buena cuenta de consejos para viático espiritual del viaje y con todos sus ahorros —treinta y tantos duros—, a modo de material de vida.

Resetas que, excepto reinticho reales, había perdido en el agradable juego del monte, cuando lo conocimos.

Salió Heliodoro del garito con sus siete pesetas y encaminóse, alegre como las pasenas que más lo sean, a cierta tienda de objetos de lance, en cuyas estanterías habían paternal cobijo desde el diccionario enciclopédico a la jaula para canarios, pasando por el magnífico impermeable y el filarmónico acordeón.

Y por veinticho reales, librados heroicamente a las garras del azar, adquirió una caja—de segunda mano—; o de segundo pie, mejor dicho—, en la cual no faltaba crema, futchina ni nada de lo que es preciso para ganarse la vida limpiándole el calzado al prójimo.

«Ganarse la vida? No era está, ciertamente, tan mezquina, la sola idea que el mozo perseguía, sino la de llegar, haciendo trampolín con la caja de limpiabotas, a las árcuas cumbres de las fortunas, a las cimas de los dorados montes, donde sí, como en el de San Bernardo, hubiera especiales que respaldó el emperador griego:

«Si huicis la guerra como rey, libérrame. Si huicis la guerra como mercader, vendéme. Si huicis la guerra como verdugo, degolládmme.»

El general musulmán le libérró.

El loro y el perro

(FABULA)

Un loro inteligente, en pocos días, aprendió tres o cuatro palabras que soltaba, indiscreto, a todas horas, con vivo descontento de su dueño. Ufano de su charla, dijo al perro que solía escucharle con paciencia: —¡Cuán elocuente soy! ¡Viste qué pronto logré aprender a hablar! ¡Quién lo creyera! —Pronto y bien aprendiste. No lo niego... Maravilla, lorito, tu elocuencia... —dijo, prudente, el perro. Y siguió el loro, charla que charla con su media lengua, hasta que al fin, su dueño, harta de voces arrojóle un zapato a la cabeza.

Quejose de ello el loro, pero el perro, con cierta socorrona complacencia, objetóle al oído: —¡Brava hazafia, aprender a charlar! Pero ¿no piensas después de ese terrible zapato, que aprender a callar más te valiera?

CLOVIS EIMERICH

CUANDO EL BIEN SE HACE CON USURA

Un hombre muy rico se cayó al agua. Estaba a punto de ahogarse cuando fué salvado y llevado a la ribera. Dio las gracias al marinero que lo había salvado, le abrazó, le juró perpetua gratitud y desde ese momento le profesó un vivo afecto.

Pero también desde ese día el marinero apenas se apartaba de su lado, ya pidiéndole tal o cual cosa, ya oponiéndose a uno u otro de sus deseos y siempre recordándole que si todavía vivía era gracias a él que lo había salvado.

El hombre rico concedía cuanto el otro le pedía y le toleraba todo. El afecto se había extinguido, pero la gratitud duraba todavía.

Un día, paseando a orillas del mar, el marinero expresó nuevas pretensiones, tan insensatas, que su víctima intentó hacer una objeción. ¡No lo hubiera hecho! El marinero comenzó a decir: —¿Cómo! ¿A uno que le ha salvado la vida!

El otro le interrumpió diciéndole: —¡Oiga! si hubiese sabido que la vida que tú me has salvado debía convertirse por causa suya en algo tan fastidioso, lo hubiera rogado que no se molestara y que me dejase ir al fondo del mar.

EL ARBOL DE LA LLUVIA

Habréis oído que, cuando no llueve con regular frecuencia, los agricultores se quejan de los daños que la sequía ocasiona en los campos. Este inconveniente, sin embargo, puede subsanarse, según los hombres de ciencia.

—¿Con la lluvia artificial? —«Casi... casi... Basta con plantar ejemplares del tamai-capi, más vulgarmente conocido por el «árbol de la lluvia».

Este árbol procede del Perú y su peculiaridad consiste en absorber, en sus hojas, los vapores de agua suspendidos en la atmósfera, vapores que cuando viene la sequía y, en consecuencia, una temperatura ardiente, se deshacen de nuevo en bienbechor rocío que humedece perfectamente la tierra.

Se asegura que cada árbol de estos produce por día 40 litros de agua. Ciertamente que no hay para proveer una inundación artificial, pero serían convenientes en regiones donde escasea extraordinariamente el agua para riego de los campos.

ANTE LAS REFORMAS DE LA CAPITANIA GENERAL

El Convento de la Merced, de Barcelona

Dedicado al Sr. Capitán General de Cataluña, D. Emilió Barrera.

Están haciendo grandes reformas en la Capitanía General de Cataluña, y me piden que diga algo sobre ese edificio que, hasta el año 1835, fue convento de la Merced. Aunque el asunto da margen para escribir un libro, intentaré con unas cuantas cuartillas satisfacer, siquiera en parte, la natural curiosidad de los que muestran interés por las notables construcciones de los siglos pasados, en Barcelona.



FRAY PAUSTINO D. GASULLA Académico correspondiente de la Real de la Historia y de número de la de Buenas Letras, de Barcelona.

Con el fin de ampliar la vivienda hacia mediodía, por los años 1420, a muy subido precio compraron la casa de una tal Sibilla, viuda de Antonio Ferrer, situada habiendo esquina a la calle pública, y que, según todas las probabilidades correspondía al solar que hoy ocupan en parte la casa del señor parroco y la plaza de la Merced, pero después de veinte años de gestiones, y a pesar de interesarse muy de veras don Alfonso V, en opinión del cual, según dice en sus cartas, los mercedarios no podían vivir allí sin molestia y tedio, algunos vecinos se opusieron tan tenazmente que los religiosos abrieran en aquella

parte puertas y ventanas, que por los años 1441 aún no habían podido anexarlas al convento. Seguramente fue entonces cuando se pensó edificar en lo que era huerto, al otro lado de la calle de la Merced donde ahora está la Capitanía General, ya que la natural curiosidad de los que muestran interés por las notables construcciones de los siglos pasados, en Barcelona.

ver el estado ruinoso de la casa, y que lo recién edificado venía deteriorándose por haber dejado la obra sin terminar, el 9 de marzo de 1605, perdida toda esperanza de que los consellers prestaran ayuda, según habían prometido, reunió la Comunidad, para ver de concretar el modo de llevar a cabo las construcciones que se hacían más indispensables. Unánimemente resolvieron tomar prestadas, de momento, doscientas libras, y destinaron también a dicho objeto un año que cubría el convento, por ciertos derechos que tenía en Sabadell y en los monjes del Rey. Además, mientras duraran los trabajos se aplicaron a la fábrica todas las limosnas y cuanto ingresara por el culto de la iglesia. En seguida pusieron mano a la obra, encargándose de la misma el maestro Jerónimo Santacana. La edificación antes mencionada, y habiendo comenzado en marzo o abril de 1605, duraron los trabajos hasta fines de 1608. De las partidas que hicieron entonces dos dormitorios, un refectorio, y habiendo comenzado a hacer de obras en la cocina, y construyeron además un refectorio, siendo lo más seguro que esta pieza era la que después hasta el 1835, fue destinada a comedor de los escolares, la cual, formando un rectángulo, se extendía desde la calle de Simón Oller a lo largo de la calle Baja de la Morala, hoy Paseo de Colón. Sospecho que el patio o luna interior que todavía existe entre el claustro y la calle de Simón Oller, fue el descubierto alrededor del cual situaron las habitaciones del segundo con las obras hechas de 1605 a 1608.

El año 1613 comenzaron una nueva serie de construcciones, esta vez en el lado oneroso, o sea al norte de las anteriores, siendo patrocinadas por don Felipe III, en cuyo nombre el señor Marqués de Almazán, virrey de Cataluña, colocó la primera piedra el 22 de diciembre. Este monarca a raíz de su casamiento estuvo cerca de dos meses en Barcelona, y aunque por ser muy devoto practicar los demás actos religiosos en la iglesia de la Merced, no pudo hospedarse en el convento, como patrono que era lo mismo que sus antecesores desde el rey don Jaime, por carecer de aposentos adecuados; y así hubo de morir en la casa del señor Dugué de Cisar que estaba en la calle Ancha, desde la cual habiéndola cogido hasta llegar enfrente del templo, por un puente provisional sobre la calle, pasaban los señores a las tribunas, Agracada, príncipe don Felipe a la Patrona de Barcelona, por haberle concedido algunos favores especiales que le pidió en esta ocasión, se acordó más tarde del mal estado en que se hallaba el convento, y para su restauración y nuevas obras que hicieron, le asignó durante varios años las rentas que percibía por la canchales y ellendas de la villa de Arramunt. Con estos fondos y otras cantidades que aportaron los religiosos, prosiguieron las obras desde 1613 a 1621.

Comenzaron por destruir el refectorio antiguo, edificado, sin duda, al abandonar el local de la calle Ancha, pues, según hemos visto, lo construyeron nuevo, de 1605 a 1608, Simón Oller. Durante el 1614 hicieron obras de consolidación en la cocina y dependencias anexas, y debían tocar a su término, si no estaban acabadas, por diciembre del mismo año, pues este mes compraron Baldosa valenciana para el fregadero. También ahora, es Jerónimo Santacana el maestro que dirige la construcción. En los primeros meses de 1615 comenzó a edificarse el gran refectorio que definitivamente sirvió hasta 1835; pero en abril y junio de 1616 habiendo dejado de trabajar en él, lo encargo haciendo la fachada o pared principal que da a la calle de la Merced, desde la calle de Simón Oller hasta el puente de comunicación para bajar a la sacristía, mientras Jacinto Santacana, hijo o tal vez hermano suyo, proseguía lo que el tal vez comenzado y levantaba además la pared mediana de la cocina y la fachada que da a la calle de Simón Oller. Seguramente el espacio comprendido entre estas dos paredes correspondía a lo que era despensa, la cual se extendía a lo largo de esa calle, desde el ángulo sureste, donde estaba el refectorio que utilizaban entonces, hasta dependencias a ella contiguas que daban al patio o luna interior y la despensa, dejaron un corredor que subsiste todavía con su puerta al extremo en la calle de la Merced, a la cual llamaban puerta del estrují, porque por ella entraban todo lo necesario para el subsistimiento de la casa. En enero de 1617 pagaron a Jacinto por embutir el refectorio, lo cual quiere decir que lo estaban terminando, como es lo más seguro que estaban terminadas en su mayor parte las dependencias de la planta baja. Nada sé de lo que pudieran hacer durante los años 1618 y 1619; pero no dudo afirmar que si trabajaron algo, debió ser en el mismo sitio donde dejaron acabadas las construcciones anteriores, o sea en el ámbito comprendido hoy entre el ala de claustro que da al oriente y la calle Simón Oller. En enero de 1620 dicen que pagaron cincuenta libras por quitar el terraplén de la parte de la cocina y llevar la tierra a la muralla. En aquel tiempo por esa cantidad se podían transportar muchas carretadas de tierra, más aún siendo tan corta la distancia, lo cual parece dar a entender que allí era muy notable el desvalimiento del suelo. Por partidas de gasto del mes de julio de 1621 consta que habían construido celdas y corredor más alto sobre la bodega, refectorio, tal vez, a los trabajos hechos ya en el segundo piso, los que necesariamente habían de dar a la calle de Simón Oller o a la de la Merced.

Transcurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse muy poco, sin embargo, la intención de llevarlas a feliz término es manifiesta, ya que en 1632, al celebrarse Capitulo en Barcelona y ser elegido maestro general el P. Fray Diego Serrano, dispuso que fuera inventariada la fábrica del convento la realta de treinta mil libras. Ignoro cuando volvieron a reanudar los trabajos, tal vez en 1636, pues las partidas de gasto nos revelan, que durante los primeros meses de este año construyeron celdas sobre el refectorio, además hicieron el noviciado y compraron maderas para la enfermería, habiéndolo terminado entonces, al menos en lo principal, los dos pisos levantados encima de la cocina, con todas las restantes habitaciones cuyas ventanas daban al patio o luna interior, pues consta que allí tenían a los estudiantes y novicios, quedando la enfermería, probablemente, hacia la calle de Simón Oller, para lo que habilitaron lo que hasta entonces había servido al priorero. En julio pagaron dos libras al pintor que pintó las armas del ilustrísimo señor obispo de Solsona en la puerta de esta de-

pendencia, refiriéndose, sin duda a las del ilustrísimo Fray Diego Serrano, sin que por esto se pueda decir que ya estaba terminada, pues vuelven a trabajar en la enfermería a mediados de noviembre. Las construcciones más importantes las emprendieron dicho año 1636, merced al impulso que dió a las obras el reverendísimo Oller, hijo de hábito del mismo convento. Desde agosto trabajaron en hacer todo nuevo el puente que comunica la Capitanía con la iglesia por la parte de la sacristía, para el cual el maestro Dades, escultor, labró dos piedras donde estaban las armas de la Orden del Rey, las cuales debieron ser arrancadas, si no las dejaron ocultas al entrar posteriormente las paredes, pues hoy no existen. En ese puente trabajó el maestro probable que él lo hizo por contrata, ya que en condiciones semejantes dirigió desde otros años otras construcciones según veremos. A fines del mismo año o principios de 1637, debieron construir el segundo puente que te del coro, para lo cual dió su permiso una la Capitanía con la iglesia por la parte de la sacristía, para el cual el maestro Dades, escultor, labró dos piedras donde estaban las armas de la Orden del Rey, las cuales debieron ser arrancadas, si no las dejaron ocultas al entrar posteriormente las paredes, pues hoy no existen. En ese puente trabajó el maestro probable que él lo hizo por contrata, ya que en condiciones semejantes dirigió desde otros años otras construcciones según veremos. A fines del mismo año o principios de 1637, debieron construir el segundo puente que te del coro, para lo cual dió su permiso una la Capitanía con la iglesia por la parte de la sacristía, para el cual el maestro Dades, escultor, labró dos piedras donde estaban las armas de la Orden del Rey, las cuales debieron ser arrancadas, si no las dejaron ocultas al entrar posteriormente las paredes, pues hoy no existen. En ese puente trabajó el maestro probable que él lo hizo por contrata, ya que en condiciones semejantes dirigió desde otros años otras construcciones según veremos.

Para esas construcciones recibieron de Tortosa partidas importantes de maderas, y en mayo de 1650 el padre sacristán Fray Miguel Clarumant, que de años atrás era el encargado de administrar los fondos de la fábrica, compró ciento diez y ocho vigas, que sirvieron para terminar los dos pisos que hay encima del ala de claustro, paralela a la calle de la Merced. Por mil seiscientos libras se encargó de esta obra Jaime Graner, quien, según hemos visto, había hecho antes la parte inferior. Del documento que firmaron en junio de dicho año se deduce, que sólo uno de los lados sobre el claustro estaba entonces acabado, pues dice que el que iba a hacerse debería construirse en la misma forma que el primer cuarto de dicho claustro hasta la pared de la portería, hablando de poner en la fachada que daba a la luna o patio interior un escudo y un reloj, refiriéndose, sin duda, a un cuadrante o reloj de sol. El claustro, pues, estaba terminado a principios de 1651, y al menos en dos de sus lados habían subido la obra hasta los terrados. Manifestábase por lo dicho, y además por que en enero o febrero del año siguiente, el P. Clarumant contrató al alfarero Amador Soler, que hizo los zambales para la ornamentación del mismo. Por cuatrocientas veinticuatro libras se comprometió a fabricar la baldosa fina necesaria para todo el claustro, o sea diez y siete espacios grandes y veintiseis pequeños. En los grandes estaría representada la vida de la virgen desde la Concepción a la Coronación, y en los pequeños habría de poner los mártires, confesores y santos de la Orden. A pesar de ser tantos los azulejos que colocaron entonces en el claustro, nada diría que allí hubo semejante cosa, pues habiendo picado ahora en gran parte las paredes hasta llegar a los sillares, aún no se ha encontrado, ni siquiera uno. Difícil es saber cuál era el valor artístico de esta obra; más aún cuando no fuera muy perfecta, debía llamar la atención de los que visitaban el convento, y alguien seguramente habló de ella fuera de España, ya que más de un extranjero al pasar por Barcelona, manifestó deseos de entrar a la Capitanía General sólo por ver estos azulejos.

Quedaba bastante por hacer; pero lo dicho demuestra que en 1650 las obras tocaban a su fin. De los años posteriores únicamente puedo decir, que el 1653, en nombre del Rey y con permiso concedido por el señor Marqués de Morata, cortaron en el Montseny doscientos pinos, casi la mitad de zambelis, los cuales unos medían treinta palmos de longitud, otros veintiseis y se apuntaron dos de zambelis que llegaron a los cuarenta y seis. Poco más o menos, esta era el número de maderas que necesitaban para terminar sobre el claustro los pisos que faltaban, si se tiene presente las vigas que restaron en el que hicieron el año 1650, por este mismo sospecho que no llegó a transcurrir la década, sin que todo el edificio quedara cubierto y a la altura en que lo vemos hoy.

Terminar dando algunos noticias de interés para los historiadores del arte pictórico. Los libros de cuentas, con frecuencia tan desordenados como mal escritos, tienen generalmente grande importancia, y entre el farrago de cosas inútiles que nos sirven más que para poner a prueba la paciencia del investigador, hay muchos datos